"UN NOVELISTA DE HOY ANTE LA OBRA DE AZORÍN"

Por JOSE LUIS CASTILLO PUCHE
Autor y crítico literario

Queridos profesores de español, paisanos y amigos:

Ya sé que de mí no esperais ni podéis esperar esta tarde ninguna lección magistral y que de esta mi evocación azoriniana no vais a sacar ningún hallazgo importante o sorpresa que pueda rebasar los conocimientos azorinianos a los que vosotros habéis llegado por metódicos estudios, prolijas investigaciones y análisis estructurales.

Yo estoy aquí solamente como escritor, y escritor yeclano, como testigo de la aventura de Azorín, que en cierto modo es la mía: me senté de niño en el Colegio de los Escolapios en su mismo banco, y desde allí aprendí a soñar y a emborronar cuadernos, y también fue esta *Yecla* inmensa, "mi tierra", la que me hizo escritor, o no sé si quién me hizo fue el recuerdo de Azorín o *La Voluntad,* pero lo cierto es que esta ciudad y todo ello junto, motivó mi primera novela, que en cierto modo es nexo y continuidad de *La Voluntad,* porque *Con la muerte al hombro,* el impaciente estreno de mi condición de escritor, es también novela tensa e intensamente yeclana y dedicación consciente a un tema azoriniano, aunque acaso en forma más nerviosa, más destemplada y podría decirse que, por más vital, menos artística.

Pero por eso yo estoy aquí, como discípulo, como seguidor, en parte, de Azorín, seguidor más en la evocación de una tierra y en la confidencia y compenetración de un paisaje y de una tierra común, que como seguidor de una trayectoria o de una estética literarias, por supuesto. No me duelen prendas —todos sabeis que Azorín está dado en cierto modo de lado por los jóvenes escritores españoles— pero a mí no me duelen prendas en declararme discípulo y en exponer ante vosotros, expertos y estudiosos del tema, mi testimonio de admiración y amistad entrañable por Azorín, ahora que la joven novela hace deserción y renuncia de su legado literario.

Teniendo en cuenta que llegáis cansados y que, como dije antes, nada vais a aprender de mi disertación, seré breve y me concretaré al caso apabullante y estremecedor de *La Voluntad,* la novela por excelencia de este pueblo.

Estoy completamente seguro de que todos vosotros, fervientes azorinianos por la lectura y la admiración estudiosa, habréis experimentado, al entrar en Yecla, una fuerte sa-

BOLETÍN AEPE Nº 9. José Luis CASTILLO PUCHE. Un novelista de hoy ante la obra de Azorín
Centro Virtual Cervantes

cudida de emoción y quién sabe si al mismo tiempo no habréis sufrido algo así como un sentimiento de decepción, o mejor dicho, de contradicción.

Porque estamos en el escenario real de *La Voluntad* —esa gran novela de Azorín, esa novela modernísima hoy mismo, pero quizás la única novela de Azorín. Estamos pisando ahora mismo sobre las páginas de *La Voluntad*, no ya el lugar de una simbólica representación novelesca, sino que este sitio, este pueblo que acabáis de recorrer, esas calles, ese Colegio de los Escolapios, que acabáis de ver ya caducado y reducido a una capilla; estas campanas que podeis escuchar son las mismas que desvelaran a Azorín, estos gallos, estos grillos y chicharras, fueron los que desencadenaron la fiebre de imaginación de novelista, de escritor, su capacidad creadora para escribir esa novela tan llena de ira juvenil, como colmada ya de lo que había de ser melancolía, decepción, piedad por la realidad misma que le exasperaba y desasosegaba.

Porque si llegáis de la ciudad transparente y aromada de Monóvar, su ciudad natal, la que le dió carta y carta de naturaleza como persona, sabemos todos muy bien que Yecla le dió esa segunda naturaleza que es la naturaleza del arte, porque es indudable que esta ciudad donde vivió los años decisivos de su adolescencia, le hizo creador, quijotesco y alucinado para la literatura.

Si Monóvar le da la sensibilidad congénita, Yecla añade el impacto de la contradicción fecunda, de la arbitrariedad revulsiva, de lo desmedido, lo exaltado, lo inquietante. Si Monóvar en su constante evocación va a ser como el bálsamo que irá aquietando lentamente a lo largo de su vida la inicial crispación existencial, la preocupación sociológica, el ingrediente revolucionario y anárquico, es en Yecla donde recoge la vivencia exasperante que le hará ser autor y personaje a la vez, en *La Voluntad,* las dos cosas fronterizamente a medias.

Creo que es muy necesario para acabar entendiendo la curva creadora y existencial de Azorín, tener en cuenta la dualidad y servidumbre de estas dos herencias: la materna, Monóvar, inefable calma, con esa madre de ojos dulces y claros al fondo, anotando con minucia y rigor todas las cosas en un cuadernito muy pequeño —aquí está el Azorín minucioso de la madurez y los últimos años– y del otro lado, disparando su entrada demoledora y cribadora en la literatura, la bronca exaltación yeclana —un padre y un abuelo que desde la paz de un hogar perfectamente burgués se exaltaron con la política o la metafísica—, en esta dualidad reside sin duda el germen de toda la obra y la vida de este ejemplar maravilloso de escritor y de hombre, también peregrino y extraño, que es literatura viva y al mismo tiempo literatura huída —los jóvenes hablan del "escapismo" de Azorín, acaso injustamente— porque se trata de una literatura también fronteriza de esta dualidad, que es pura contradicción entre el destripador de mitos y el burgués apacible, entre el innovador y revolucionario —no sólo de ideas sino de cánones estilísticos— y el frailuno meditador ausente sobre textos perennes.

Y puesto que estamos en el escenario de *La Voluntad,* muchos de vosotros, al llegar a *Yecla,* trayendo en la mente la Yecla adusta y sombría de Azorín, os habréis preguntado: ¿Es este el pueblo triste, gris, hórrido, abúlico, inerte, de *La Voluntad* aniquilada, disgregada, casi suicida? ¿Dónde está la desesperante forja —esos golpes de fragua que desvelaban al maestro joven, con que el pueblo terrible y dramático, hizo de la pasión melancolía, y de la acción soñada como posible revolución transformadora, una mera contemplación de intensas pero fugitivas visiones de paisajes, personas y cosas?

BOLETÍN AEPE Nº 9. José Luis CASTILLO PUCHE. Un novelista de hoy ante la obra de Azorín
Centro Virtual Cervantes

Este es el pueblo escueto, rectilíneo, impresionante, de Yecla. Pero esta ya po aparentemente al menos, la Yecla de Azorín, ni la de Camino de Perfección, ni la de Con la Muerte al Hombro... Es como si desde la ancestral postración, desde el calculado abandono, desde la apatía que se hizo símbolo en *La Voluntad,* Yecla se hubiese alzado en una resurección vibrante de salud y progreso al cabo tan sólo de unas generaciones. Es como si aquella loca exaltación de la muerte, aquel frenesí delirante de soledad y luto, de desesperanza y apatía, se hubieran trastocado en ensayo febril de ruidoso y pragmático progreso.

Evidentemente, esta colectividad, esta población que es Yecla y que hasta hace algunos años era casi exclusivamente una ciudad literaria, ha reaccionado recientemente en optimismo expansivo, fabril y eufórico de producción y consumismo desenfrenados. Yecla ya no es el pueblo que quebrantó los sueños reformadores del Azorín subjetivo, irresoluto, tímido y provocador a un tiempo, anarquista y ensimismado.

Pero esta fue la tierra, éste el pueblo de su trauma emocional, de su congelación imaginativa, de su zarandeo educacional. Aquí se dió el comienzo crispado de su vocación de autor, instaurador, o por lo menos ensayador, de formas nuevas de expresión, hasta en la novela, porque Yecla —y no sólo a él— lo contagió en lo más radical de su ser de una ardiente e inextinguible sed de idealismo desbordados que, a la postre, resultaron compensadores para el equilibrio y la serenidad que llevaba en la sangre clásica de su naturaleza y de su espíritu.

Fue el tenso patetismo vital de aquella Yecla de entonces el tablero donde Azorín tendría campo para el examen de las más arduas antinomias ideológicas, pozo arriesgado para las más extremas apelaciones metafísicas. No importa que hoy, para entenderlo, el pueblo haya alcanzado o esté a punto de alcanzar la cómoda horizontal de los pueblos confortables, confiados y alegres en la loca euforia del despilfarro y el bienestar que circula por sus anchas y dilatadas calles, como si un viento convencional y nivelador hubiera barrido al "convocaor", a los euroros y a todos aquellos personajes, de iglesia y cementerio, de misantropía y mística que venían a ser como los justicieros representantes de la eternidad aquí en la tierra. Yecha ha cambiado como otros muchos pueblos en España y se ha incorporado, sin renunciar tampoco a su abolengo literario, a la formación de pueblos modernos, industriosos y vitales, y hasta ha hecho llegar la marca de sus vinos espléndidos a las capitales más lejanas de Europa, ganando medallas desde Bruselas a Moscú.

Y podríamos preguntarnos, entonces, ¿qué queda, y qué quedará, de aquel inconexo y al mismo tiempo unitario novelón que es *La Voluntad?* Pues queda todo y queda mucho, puesto que Azorín, valiéndose de lo conocido, lo que quiso hacer e hizo de *Yecla* fue parábola, alegoría, aviso, advertencia, una tremenda metáfora de orden ejemplar para toda la realidad española, la realidad de entonces y que, en grandes sectores no está ni mucho menos rescatada. Ya hemos visto que la *Yecla* que vió, vivió y paseó el estrenado novelista Azorín no tiene mucho que ver con esta Yecla que hemos paseado nosotros, donde la gente ríe y gasta dinero en los bares, donde hay discotecas, luces de neón y las aceras están cuajadas de coches, y donde los viejos caserones con escudos, como los del tío Menchirón, se hunden de la noche a la mañana para dar paso a bloques de pisos altos, con alarde de miradores y terrazas, y hasta con ascensor para llegar arriba más deprisa y contemplar casi al alcance de la mano la luz del Castillo.

Es como si la idea machacona azoriniana de más progreso, más placer, más apertura, hubiera por fin socavado el pesimismo esencial y el sentimiento de frustración que fueron

BOLETÍN AEPE Nº 9. José Luis CASTILLO PUCHE. Un novelista de hoy ante la obra de Azorín
Centro Virtual Cervantes

filosofía ancestral yeclana. La transformación ambiental, lógicamente, ha implicado la alteración de toda una filosofía milenaria que ha tenido que tirar por la borda conceptos dogmáticos inconmovibles, y superar arcaicas formas de relación, buscando la ruptura del precinto opresor hacia una liberación de tipo social y de costumbres. Hoy, la juventud yeclana ni siquiera sabe nada de aquellos tiempos en que todo se veía a través de los visillos, en que un protagonista enamorado de estar enamorado de Justina, recorría los monumentos del Jueves Santo, más sensible por el rechazo del cura Puche que por la pérdida de la amada quimérica, conflicto más imaginativo que real. La juventud yeclana de hoy no busca las tertulias de un tío Menchirón, sino que busca la expresión en el ritmo y la música, mientras la moto trepida, como cualquier juventud del mundo. (Siguiendo un poco con la anécdota, y para que se vea el poder creador de *Yecla* a tono con cada época, existe aquí un conjunto musical moderno de gran éxito, el "Vino Tinto", cosa que no tiene cualquier pueblo de España).

A pesar de todos los cambios, *Yecla* podría —ya lo hemos visto— ser recorrida hoy de la mano de los textos azorinianos, porque esa es la virtud de la obra de arte, que ha de ser perenne y renovable en cada situación, en medio de los avatares históricos. A pesar del relajamiento actual, el impacto azoriniano está visible, patente como una estampa que ha quedado inalterable, aunque amarillenta sobre la pared, porque si las circunstancias externas y el estilo de vida han cambiado, la personalidad del yeclano sigue siendo apasionada, pero fugazmente apasionada, conflictiva, desorbitada y al mismo tiempo dada a la contemplación y la misantropía.

Azorín rompió no sólo lanzas sino sueños porque cambiaran en *Yecla* las condiciones sociales y de educación y creemos sinceramente que *La Voluntad,* en este sentido, ha sido como el gran disolvente, el gran juego mental disciplinante, un gran revulsivo social. El gran dilema, la antinomia faústica en los discursos contrapuestos de los maestros dialogantes, está entre el miedo prohibitivo y el afán de progreso, entre lo férreo inquisitorial y la ansiedad perfectiva, entre el muro anulador de la propia cárcel personal y el instinto de plenitud, entre los terrores teológicos y la experiencia vital, angustia que Azorín ha sabido plasmar en *La Voluntad.*

Queda, a mi juicio, mucho que indagar en Azorín, no sólo como hombre sino como escritor, como hombre de muchos secretos y como escritor de clave, desde, por ejemplo, su seudónimo —una proclamación clarísima de yeclanismo, por un lado, y de encubrimiento de su propia personalidad, por otro— hasta el esclarecimiento de esa crónica de fracasos que es *La Voluntad.*

Estamos tan acostumbrados a hablar y repetir lo de la transparencia de Azorín, su actitud escueta y su trayectoria rectilínea, que todo ello, quizás, ha creado una facilidad para explicarnos a Azorín, sin comprender que Azorín es un autor difícil, justamente por su aparente sencillez y su tersa claridad. ¿Quién ha explicado sus contradicciones, sus deserciones, sus extrañas fases de arrebato y de escepticismo, de protesta y de conformismo? . No es que yo quiera proclamar en él profundos misterios, pero hay indiscutiblemente una especie de inocente travesura literaria a lo largo de su obra, que desorienta incluso a los más críticos, dejando a muchos lectores convencidos de que no hay problema y de que todo es simple y sin complicaciones.

Quiero creer que Azorín ha hecho de su impasividad y de su inalterable serenidad de los años maduros, una máscara camufladora precisamente de su terca voluntad de cons-

BOLETÍN AEPE Nº 9. José Luis CASTILLO PUCHE. Un novelista de hoy ante la obra de Azorín
Centro Virtual Cervantes

tante evasión, no sólo de una realidad que rechazaba, sino de sí mismo. Azorín, más que un cínico que se repliega sobre sí mismo, es un estudiado comediante que sabe encontrar fórmulas aparentemente aquietadoras de su constante versatilidad, nacida de una hipersensibilidad agotadora en su permanente acoso. Es muy posible que su tímida y aislada imagen prefabricada, no sea otra que un permanente instinto de descolocación y de fuga ante el reconocimiento y el rechazo de sí mismo. Agónico a su manera, Azorín se desvela por estar presente en los problemas, ajeno a ellos al mismo tiempo, presente en el espacio y en el tiempo, pero un espacio temporalizado, un tiempo sin pasado y sin futuro, hecho presencia consciente de una eternidad existenciada —único consuelo a la fugacidad y a la repulsa de la realidad circundante— no esa eternidad fuera de toda representación posible y que sólo puede vislumbrarse desde la tierra como la indeterminación del concepto más necesario de fijación y de lógica.

No se ha explicado tampoco cómo en Azorín nació y creció el intelectual que mata al romántico y el contemplativo que esteriliza en parte al creador. Existe en *La Voluntad,* a pesar del río de comentarios periodísticos, de lecturas, de monólogos, de distanciaciones —esto que es hoy tan moderno en novela— a pesar de la disgregación o quizás por ella, un Azorín que está compitiendo con el novelar que en aquellos mismos días estaba elaborando Baroja, con ser tan distintos, si bien desde un punto de vista estético más disperso, más ensayístico, más detallista también. Pero en *La Voluntad* nos encontramos con una voluntad de vida en acecho, de estudio de un ambiente, de un clima psicológico, de una pugna social, una capacidad de creación novelesca que no se volverá a dar en su obra.

¿Es que le falló la ilusión para proseguir este camino indagador de humanidad en conflicto? ¿Por qué, cuando debiera cada vez más meterse en el realismo escrutador, sufre como un desencanto, se aparta de la vida por la vida, comienza a recoger materiales sueltos de meditación y se evade del documento y de la narración para refugiarse progresivamente en la añoranza histórica, intemporal y estática?

¿Se trata de un problema de impotencia, de decepción invencible de la realidad, de autocastración?

Son interrogantes que quizás tengan que contestar los psicólogos y hasta los psiquiatras, más que los críticos, los estilistas, los hispanistas.

Desde *La Voluntad* a *Los Pueblos* o a los estudios de los clásicos hay todo un proceso de evasión... Pero, ¿por qué?

Sin embargo, hemos venido aquí a hablar de *La Voluntad,* esa novela que, a pesar de todas las críticas negativas y adversas, llevando los valores a su justo término, creo sinceramente que ofrece por supuesto para su tiempo, pero incluso hoy, una audaz y sorprendente mezcla de originalidad y renovación de la función narrativa, y no están, creo yo, agotados ni mucho menos los estudios que pueden derivarse de los dos planos sobre los que está montada la obra: el autoconfesional y el testimonial sociológico, pugna entre la no voluntad individual y la impuesta autoconservación colectiva, imperativo entre la autojustificación y la denuncia ambiental, choque entre la exaltación romántica y la indecisión motivada por las circunstancias ambientales, proceso sutilísimo entre la sátira y la autoderrota y el fracaso individual, teniendo en cuenta que en *La Voluntad,* como en otros relatos azorinianos, el autor de la obra se proyecta, mejor dicho, se cuela, dentro de la propia creación, en el mismo plano de la creación, dando así a la obra un valor extraordinario como revelación

BOLETÍN AEPE Nº 9. José Luis CASTILLO PUCHE. Un novelista de hoy ante la obra de Azorín
Centro Virtual Cervantes

personal, sumamente útil para el estudio de ese "escapismo" del que hemos hablado, y tanto de la vivencia existencial del autor como del artificio literario empleado. Por todo esto, *La Voluntad,* es un documento excepcional, no sólo literario y como exponente de la proyección de una autocobardía o autohuída, sino como proclamación evidente de una personalidad indecisa, ilusa e ilusionada, sumamente suceptible de desencanto, ensimismada, "rebelde de sí mismo", o exponente de "dos hombres en uno", como el propio Azorín nos advierte, advertencia por ciento que quizás no ha sido tomada suficientemente en cuenta a la hora de estudiar el repliegue y la evasión azorinianas.

En esta yuxtaposición artística de los dos planos, el exacerbado individual y el apático colectivo —utilizando como recursos estilísticos toda clase de técnicas fragmentarias—: descripciones directas, monólogos, diálogos, discursos, cartas, noticias —Azorín inaugura un esquema original para la novela, —línea que desgraciadamente no había de continuar— y que consistió en una desvertebrada estructura novelesca en la que la alternación de planos, formas e incluso de estilos contrapuestos, que por una parte derivarían hacia el ensayo narrativo, subjetivo o romántico, como queramos llamarle, y por la otra hacia un contenido y un ámbito revolucionarios.

¿Qué pasó para que muy pronto el solitario y lírico pensador se coma al luchador, el comentarista se coma al creador en potencia? Desde el principio de su vida literaria Azorín se nos presenta como un autor violento, ávido de destrucciones y demoliciones radicales, como puede propugnarlos un anarquista de fe y esperanza, mas toda su independencia de juicio, aparece también desde los primeros momentos solicitada —ya en *La Voluntad*— por un ansia inefable de soledad, de serenidad y distancia. El revolucionarismo fue como una fiebre de afirmación personal, para liberarse del miedo a la propia desintegración, y es este duelo, este reto, el que se da ya en clave en *La Voluntad,* que vendrá a ser como la profecía ya del giro orbital de toda la existencia azoriniana, y lo que es más importante, de todo su meticuloso quehacer literario, a partir de ahí, una especie de apagada imperturbabilidad total, después de aquellos rabiosos inconformismos, de aquella mordacidad, de aquellos explosivos comienzos, cuando Azorín parecía soñar, tanto como en ser autor, en ser un redentor de la situación social y real española. ¿Exigía acaso la novela demasiado de sí mismo, algo que no estaba dispuesto a dar? ¿Perdió interés o confianza en el instrumento novelesco como arma convulsiva de una sociedad que vivía en la inercia y la abulia del mero instinto de conservación? ¿Tuvo miedo a continuar con la autobiografía total? El caso es que, como diría Inman Fox, "el hombre-reflexión se va desarrollando a expensas del hombre-voluntad".

En *La Voluntad* asistimos a la experiencia de un revolucionario que parecía poder ser activo y que se hace idealista distante, desasido expectador de la claudicación nacional y del fracaso personal. Lo que fue pasión se hace cinismo, lo que pudo ser rebeldía finaliza en piedad convenida. Las páginas últimas de *La Voluntad* ya forman parte de la curva de escepticismo y renuncia de la propia voluntad del novelista, más que del protagonista, teniendo en cuenta que tal como es Antonio Azorín, es Martínez Ruiz y que todo el proceso de este Azorín fue una traslación de otro Azorín de carne y hueso que, evidentemente no tenía sino la iniciación de la derrota, pero no el ímpetu de la solución adecuada como protagonista. Precisamente del fallo vital surge la escapada del arte. (Y por cierto, en este momento, quisiera rectificar una afirmación que anda por ahí hasta en libros autorizados, y es que las cartas de Azorín a Baroja que aparecen en las últimas páginas existieron como tales, cuando parece ser que no es cierto. El propio Don Pío Baroja me repitió a mí varias veces que, si bien por aquella época se cruzaron entre los dos algunas misivas, las cartas de *La Voluntad,* no son reales ni mucho menos.)

BOLETÍN AEPE Nº 9. José Luis CASTILLO PUCHE. Un novelista de hoy ante la obra de Azorín
Centro Virtual Cervantes

Azorín, al hacer la antivoluntad, hizo también, en parte, la antinovela —y esto no lo digo en sentido peyorativo, sino que paradójicamente, esta antinovela es la única novela de Azorín— y personalmente creo que la obra de Azorín sin *La Voluntad* quedaría mutilada en una parte primordialísima. Creo también que todo lo que escribió después pudo rebasar en arte a la novela, pero que acaso marcó las pautas de una personalidad frustrada ante el dinamismo exigente, la sinceridad responsable y el compromiso con la vida que representaría seguir haciendo novela.

Mucho han discutido los críticos, por ejemplo, sobre el proceso de la célebre trilogía: *La Voluntad, Antonio Azorín* y *Confesiones de un pequeño filósofo.* Yo no creo sin embargo, que haya habido en Azorín una mente previamente ordenadora y distribuidora del material acumulado y que la obra obedezca a una jerarquización en concepción y en final, sino que ante la varia y escalonada recepción de material, Azorín fue dando una salida unificada por partes, aprovechando lo más válido, problemático y adecuado al núcleo principal *La Voluntad* y después en sucesiva intercalación de estampas y vivencias prolongadas todo aquello de semblanza sobrante y de residuo que era apto para ser rellenado y ampliado en la misma línea de paisaje y clima anímico. Ahora nos parece muy riguroso su poder ordenador y su fuerza lógica, pero para mí que las aristas y las partes vacías de esta trología fueron improvisándose sobre la marcha imperiosa de un tiempo corto donde un encadenado y repartido programa de emociones y de notas fueron buscando su propia conexión, en la que hasta le fue fácil suplir los huecos rellenables con acudir simplemente a pormenores y datos que son como la amplificación del contexto. Por eso un análisis muy sereno hace ver no sólo repeticiones sino contradicciones menores y es que, en el pensamiento de Azorín, no hubo ese plan integrador de todo el proceso y ni siquiera la resolución sentimental o las insinuaciones de solución en la novela pudieron obedecer a experiencias consumadas ni a nudos psicológicos anticipadamente resueltos. El propio Azorín me ha contado repetidas veces el vértigo improvisador de aquellos meses y lo fácil que resultó la simplificación en las sucesivas entregas una vez establecido el antecedente con suficiente base y posibilidad de una escala de consecuencias. Leyendo bien todo el proceso desde *La Voluntad* en adelante, notamos que desde muy atrás se podría marchar intercalando escenas hacia muy adelante y también que pueden saltarse muchas sin interrupción grave desde el principio al final.

En *La Voluntad,* Azorín tiene una incipiente y casi madura vocación de novelista revolucionario en todo, no sólo en contrapuntos ideológicos y estéticos, sino porque se apoya con un mimetismo sensible y de enorme percepción, en técnicas, estructuras, modelos, potenciales derroteros de novela de gran eficacia. Por el modo de hacer la exploración y el recuento del ser humano —sin las glosas, evocaciones y distancias líricas posteriores— parece que Azorín vaya a meterse en la pasión de la acción y esta suspensión es la que mantiene viva la atención del lector, cosa que no sucede en las otras narraciones donde el cronista, ya sumido en el mero arte reflexivo, parece navegar fuera del tiempo y del espacio.

Siguen siendo casi los mismos personajes, sigue siendo el mismo clima, pero ha cambiado la actitud, ha cambiado la conducta. El conjunto de la trilogía será solamente un pretexto para soltar el saco de una serie de reflexiones que, salvando la unidad de la trilogía llegan a producir la impresión de un orbe completo. Pero acaso porque Azorín llevaba dentro la propensión al estatismo, al comentario de lecturas, a los pequeños cuadros, su afán de construcción en grande y la urdimbre entera de la posibilidad de una gran novela, se le hunde entre las manos como a quien se le precipita, entre fatalista e impotente, un fardo en medio del mar.

BOLETÍN AEPE Nº 9. José Luis CASTILLO PUCHE. Un novelista de hoy ante la obra de Azorín
Centro Virtual Cervantes

Y, por ahora, volvemos siempre a las interrogantes:

¿Era convencional la rebeldía de Azorín y todo su furor ideológico tan solo un recalentamiento de lecturas mal o no del todo bien digeridas? En realidad, viendo la consecuencia de *La Voluntad* —que como es obvio terminaba en suicidio personal y después sufrió un arreglo, convencional también— es como si Azorín por una parte hubiera creído por algún tiempo en su poder devastador de ideas y costumbres y rápidamente hubiera terminado no creyendo en la posibilidad de cambio ni de sí mismo. La antítesis se crea en torno a creación y tradición y como la tradición exige el cultivo de una estética minuciosa, morosa, a ella se entrega como a una droga, hasta tal punto de que Azorín no sólo fue droga para sí mismo, sino que a veces, como se ha demostrado por algunos llamados discípulos, es una droga que una vez aceptada, es difícil reaccionar y salir de ella. El mismo sentido que Azorín mantuvo sobre acción y reacción, —explicada en su necesidad de justificación en *Antonio Azorín*— nos señala parte del fenómeno.

La novela exige bronquedad, prisa, inmediatez, cierta carga demoníaca y Azorín optará por ser un angélico, delicioso testigo de lo pequeño, lo menudo, lo vulgar y todo urdido con una prosa sin veneno ni uñas, una prosa comedida, divagante. La novela exigiría una descripción sañuda, una reflexión entrometida, y Azorín se cobijará en la tenue contemplación de lo que parece familiar y conocido pero que puede transformarse en decantación y concepto abstraído.

Por eso no hay más que una novela en *Azorín,* que es *La Voluntad.* Yecla fue sin duda alguna el detonante capaz de poner en marcha su posibilidad de mecanismo narrativo.

Yecla, agosto de 1973.

BOLETÍN AEPE Nº 9. José Luis CASTILLO PUCHE. Un novelista de hoy ante la obra de Azorín
Centro Virtual Cervantes